

Una Clase Diferente de Amor

El amor al cual Jesús llama a Sus seguidores es uno que supera lo ordinario. Los antiguos “afectos” que antes hemos conocido son un prefacio insuficiente para las nuevas lecciones que debemos aprender. Los lazos familiares, la devoción entre amigos, la pasión entre cónyuges, son afectos “naturales” tan comunes a los hombres que su ausencia son una señal de degeneración sub-humana (Rom.1:31). Amar a aquellos que nos aman no les da ninguna distinción especial a los hijos del reino. Como Jesús observa, aun semejantes “clases bajas” de personas como los publicanos y los Gentiles eran capaces de intercambiar semejante clase de amabilidad (Mat.5:45-47).

El “amor” del reino de justicia es extraordinario, no meramente en intensidad, sino en clase. Es un amor de un orden diferente y mayor. Mucho de la dificultad que sufrimos en nuestros esfuerzos para entenderlo viene de una errónea suposición que este es del mismo género como nuestros afectos naturales, construido sobre una mutualidad fuerte, una profunda atracción, experiencias e intereses compartidos. ¿Cómo, nos preguntamos, debemos sentir un cálido afecto por aquellos que están haciendo lo mejor que pueden para destruirnos? Nuestros enemigos no únicamente nos resultan inatractivos, sino también su conducta nos es despreciable. Somos repelidos tanto por sus acciones como por sus personas.

Evidentemente las antiguas reglas no aplican aquí. Un amor por los adversarios de uno no puede ser construido sobre las emociones. El amor que puede incluir a los enemigos no se origina en la tierra. Los hombres, aun en sus momentos más heroicos, han únicamente conseguido amar a los nobles (Rom.5:7). Dios, por otro lado, ha amado consistentemente a Sus enemigos, enviándoles lluvia y tiempos fructíferos a buenos y malos por igual (Mat.5:45). Esta bondad de la buena voluntad de Dios nada tiene que ver con las cualidades atractivas encontradas en nosotros. Hemos tenido éxito al volvernos moralmente repugnantes ante los hombres (Eccl.7:20; Rom.3:9-18), y es muy poco probable que en esta vida podamos entender como La naturaleza Santa de Dios es repelida por nuestros caminos impíos. El anhelo de los hombres por el amor de Dios surge, como debe, a causa de Su carácter lleno de gracia y buena voluntad. En Su misericordia, Él quiere hacer el bien a aquellos cuyas mismas vidas son una ofensa a Su naturaleza. Él ha amado al que no se puede amar. Cuan verdaderamente Pablo ha escrito, “Mas Dios demuestra su amor para con los hombres, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom.5:8).

El poder que abre a los ciudadanos del reino de los cielos la habilidad para amar en semejante forma libre de egoísmo es el ejemplo de Su Padre. Hay una fortaleza asombrosa sobre Él que ha creado todas las cosas. Los Cielos declaran Su gloria (Sal.19:1). El universo testifica a Su poder eterno y deidad (Rom.1:20). Pero no es en la

grandeza de Su poder creativo que conocemos verdaderamente a Dios (1 Rey.19:11-12) La completa y final revelación fue reservada para Uno que ha venido en “debilidad” (1 Cor.1:17) y se despojó Así mismo por causa de otros (Fil.2:5-11). Jesús únicamente ha revelado al Padre en su plenitud (Jn.1:18) y solamente cuando le hemos visto a Él, entonces, hemos visto a Su Padre (Jn. 14:6-7). Nunca hemos mirado más planamente en el rostro del Dios viviente que cuando nos encontramos por la fe al pie de la cruz y escuchamos a Su Hijo suplicar misericordia a los hombres que lo asesinaban. Aquí está el poder. Aquí está la deidad. No negamos Su fortaleza física absoluta. No podemos resistir a Su sabiduría. Su justicia perfecta nos llena con un asombro reverencial. Pero cuando hemos encontrado acceso a través de Cristo a “las cosas profundas de Dios” (1 Cor.2:10) sabremos que no hay más verdadera descripción del carácter divino que la afirmación de Juan, “Dios es amor” (1 Jn.4:8).

Los hombres que han sido los beneficiarios de semejante inmerecido amor debieran ser capaces de comprender y aplicarlo a otros. Ciertamente, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Pero este amor, es un amor de la voluntad, no de las emociones. Nuestro Salvador no nos está pidiendo que tengamos un afecto cálido por nuestros enemigos. De hecho, nuestro éxito en amarles verdaderamente está directamente dependiente sobre nuestra habilidad para separarnos de su conducta y responder a su verdadera necesidad más bien que a su conducta. En su comentario sobre el Evangelio de Mateo, William Barclay ha dado una muy apta descripción de este clase de amor Celestial: “Ágape [amor] no significa un sentimiento del corazón, sobre el cual no podemos hacer nada, y que viene espontáneamente; significa la determinación de la mente, por medio del cual, logramos con esta buena voluntad invencible aun hacia aquellos que nos dañan e injurian” Esta es la clase de determinación moral que debe venir al final para convertirse en el fundamento de todos nuestros otros afectos. Esta debe ser la fuerza sustentadora sobre el que es construido el amor profundo del matrimonio y la familia, el compañerismo de los amigos, y sobre todo, la comunión de los santos.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Hay algo inmensurablemente grandioso así como inquietante acerca del llamado a ser como Dios. La posibilidad emociona mientras que el desafío espanta. La perfección a la que Jesús promete y ordena a Sus discípulos no se refiere a la justicia perfecta de Dios sino a la plenitud y lo completo de Su amor. Nuestra imperfecta y selectiva buena voluntad debe ser ampliada para incluir a todos los hombres. Semejante amor no se compró a un bajo precio. El dolor y la agonía estuvieron envueltos. Pero debemos crecer para ser semejantes a nuestro Padre o de lo contrario ceder al derecho de ser llamados Sus hijos (1 Jn.4:7-8).